

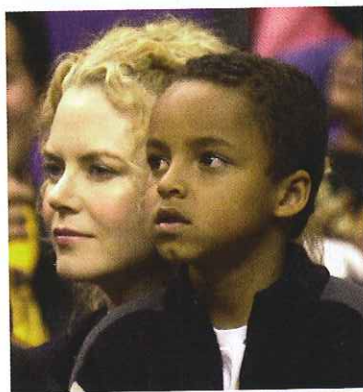


DOBLE ABANDONO

MARÍA NACIÓ EN RUSIA HACE 18 AÑOS. HACE UNOS MESES SUS PADRES ADOPTIVOS RENUNCIARON A ELLA. LA SUYA ES UNA HISTORIA DE ADOPCIÓN FRACASADA. CADA VEZ SON MÁS EN ESPAÑA.

por **Silvia Cruz** Ilustraciones: **Ángel Pantoja**

«EN MI PAÍS VIVÍ EN UN ORFANATO DESDE LOS TRES AÑOS. MIS PADRES ME TRAJERON A ESPAÑA CUANDO TENÍA SIETE. CON CATORCE ME DEJERON EN UN CENTRO.»



De izda a dcha.: Nicole Kidman y su hijo adoptivo. Fotograma y carteles de «Madres e hijas» y «La pequeña Lola».



Decisiones «menos drásticas»

El número exacto de abandonos es casi imposible de saber. No solo porque la adopción es competencia de las comunidades autónomas y no existe un registro nacional, sino porque, como indica la trabajadora social María José Martín, existen otras formas de abandonar a un menor: «Cuando después de varios años no se ha creado un vínculo de confianza hay dolor y desesperación. Si el niño no es muy conflictivo, la familia sigue adelante y, normalmente, la situación mejora. Otras familias optan por estar poco tiempo con sus hijos y los llevan a campamentos, con familiares o incluso internados», explica Martín. Según Jesús Palacios, catedrático de la Universidad de Sevilla, muchas familias optan por decisiones «menos drásticas» que el abandono, como meterlos en internados, algo que

también sucede en las familias biológicas, «pero con el agravante de que el niño adoptado ya ha sido abandonado previamente y lo que sufre es un doble daño». En cuanto a las cifras, explica que, «aunque fuera solo un 1% de los casos, estaríamos hablando de 450 niños, que son 450 fracasos muy dolorosos, 450 historias muy dramáticas». Para Ana I. Lima, presidenta del Consejo General del Trabajo Social, es primordial la prevención y aprender de los errores: «Apostamos por atajar estas situaciones desde el inicio, identificando los factores de riesgo que pueden conducir a estos fracasos y generar soluciones». Algunas películas han tratado el espinoso asunto de la adopción internacional: «Madres e hijas» y «La pequeña Lola» son dos buenos ejemplos.

En abril de 2010 un menor de siete años aterrizaba solo en Rusia procedente de Estados Unidos con una nota que decía: «No quiero seguir criando a este niño». El pequeño había sido adoptado seis meses antes por una mujer estadounidense que para devolverlo alegó que la habían engañado sobre el estado de salud mental del menor. Hace dos años, en Barcelona, una pareja denunciaba a su hijo de 18 años por violento. Se trataba de un chico adoptado una década antes en Colombia y al que el juez acabó dictando una orden de alejamiento. Ninguno de estos hechos fueron el primer indicio de que algo andaba mal en las adopciones internacionales, pero reflejan a la perfección situaciones que cada vez se dan con más frecuencia. En febrero de 2012, la Generalitat catalana daba la voz de alarma: en los últimos diez años había registrado 72 abandonos de menores adoptados en Cataluña, en un 80% de los casos procedentes de otros países.

«En Rusia vivía en un orfanato desde los tres años, mis padres adoptivos me trajeron a España cuando tenía siete y luego, con catorce, volví a un centro de menores. Entonces ya estaba muy grandecita para que me volvieran a adoptar, al menos eso era lo que comentaban las chicas del centro, que llevaban allí más tiempo que yo.» La que habla es María, una víctima de los errores que ha cometido España en materia de adopción internacional. Se expresa con cierta agresividad, pero al poco rato de conversación su ira se apaga y parece triste. Reconoce que no era una santa y que la situación en su casa se había vuelto insostenible, pero no acaba de entender que la dejaran «tirada otra vez», expresión que repite varias veces durante la charla.

PRISAS POR ADOPTAR

En la década del 2000 estalla el boom de las adopciones internacionales en España. Las peticiones se cuentan por miles, las Entidades Colaboradoras de Adopción Internacional (ECAI) no dan abasto e incluso hay quejas por parte de los futuros padres porque los procesos se demoran demasiado. La adopción nacional sufre un retroceso considera-

Los expertos opinan que la adopción es una medida de protección a la infancia. Si hay otro abandono, la medida ha fracasado.



EN MUCHOS CASOS EL MENOR ARRASTRA UN HISTORIAL DE ABUSOS, MALTRATO Y ENFERMEDADES FÍSICAS Y MENTALES.

ble y en 2007 España ya se ha convertido en el segundo país del mundo, solo por detrás de Estados Unidos, en número de adopciones en países extranjeros. Unos meses después de conocerse estas cifras, Jesús Palacios, catedrático de Psicología Evolutiva en la Universidad de Sevilla, advertía que las cosas no se estaban haciendo bien. Por desgracia, nadie quiso escucharle.

Uno de los errores que se cometió fue el de acelerar los procesos burocráticos y de formación, haciendo demasiado caso a las prisas y exigencias de los padres solicitantes. «Recuerdo que una comunidad autónoma me pidió que elaborara un programa de formación para futuros padres adoptivos. Preparé un curso preparatorio de seis semanas de duración, pero como recibieron muchas protestas por parte de las familias que debían cursarlo, lo dejaron en cuatro», explica Palacios, quien sitúa la cifra de abandonos entre el 1 y 5% del total aproximado de adopciones en la última década, pero con la certeza de que se acerca más al cinco que al uno. Para el catedrático, no era difícil prever que estos casos de abandono aumentarían: «En 2008, los adoptados internacionales tenían una edad que los situaba en la infancia. La llegada de la preadolescencia y la adolescencia en las familias con adoptados complica las cosas, como sucede también en muchas familias no adoptivas; además, la experiencia de otros países con más experiencia iba también en esa dirección», apunta el experto.

RESPONSABILIDAD COMPARTIDA

«Yo creo que no me portaba tan mal... Era una niña más bien callada. Eso sí, era mala estudiante, no aprobaba casi nada y eso provo-

caba follones en casa», recuerda María, que confiesa que llegó un momento en que sus padres le dieron «alguna torta». «Yo a veces me rebotaba, no te lo voy a negar», explica para acabar reconociendo que la situación era inaguantable. Por lo que cuenta María, la relación estaba muy deteriorada y las faltas de respeto eran constantes, el tipo de situación más frecuente en los casos de abandono. «Para llegar a esa situación hay que demostrar violencia física o psicológica; tiene que haber un delito denunciado y una sentencia judicial de por medio para dejar a un menor en un centro», explica Albert Parés Casanova, abogado de IACTA Sociojurídica Cooperativa y especialista en derechos de los menores.

Pero no toda la responsabilidad recae sobre las instituciones. También las familias han cometido algunos errores, como por ejemplo, equivocarse de motivación a la hora de traer un niño a casa. «Adoptar no es una vía para dar niños a quienes, por razones varias,

los quieren. La adopción es una medida de protección a la infancia. Si hay otro abandono, la medida ha fracasado», explica Esther Grau, psicóloga en el Centro de Recursos para la Infancia y la Adopción (CRIA).

María José Martín, trabajadora social del TIPAI (Turno de Intervención Profesional en Adopciones Internacionales), toca más temas clave en lo referente al abandono de niños adoptados: la idealización del menor, la capacidad que se le presupone a la familia y la supuesta felicidad que sentirán todos casi de manera automática. En pocas palabras, el gran tema de la falta de realismo. «Los niños adoptados tienen una historia y un pasado que no tienen los biológicos; historias muy diferentes a las de la familia a la que van a llegar», apunta María

José como otra de las cuestiones que a veces se pasa por alto y acaba pasando factura.

UN PASADO DIFÍCIL

En esa historia previa que arrastra el menor hay casos de abusos, de maltrato y, en muchísimos otros, de enfermedades físicas y mentales. Problemas de aprendizaje, de desnutrición o de desarrollo, retraso en el lenguaje o infecciones son solo algunos de los problemas de salud que tienen muchos de los menores que han pasado tiempo en un orfanato o han vivido situaciones muy complicadas en sus hogares de origen. Todo esto no se tuvo en cuenta en el principio del boom adoptivo y por eso surgieron iniciativas como la de la Fundación para la Asistencia, Docencia y Estudio de las Discapacidades (FADES), que ya en 2005 empezó a ofrecer un servicio de ayuda a los padres adoptivos para que pudieran detectar posibles trastornos de salud en el primer contacto con el menor. La historia

de María es la de un fracaso, y aunque la mayoría de las adopciones salen bien –algo que recalcan todos los expertos consultados–, las que se truncan tienen consecuencias nefastas para los menores.

Los que conocen de cerca el tema y lo trabajan cada día no quieren hablar de frivolidad a la hora de adoptar: formar una familia siempre es difícil y no hay fórmulas que garanticen el éxito. En lo que están de acuerdo todos es que se podía haber hecho mejor. «No nos hemos fijado en otros países con más tradición que la nuestra», dice Grau y explica que las adopciones internacionales presentan unas peculiaridades que no siempre se tratan con el rigor y el cuidado que requieren. Por ejemplo, que el acoplamiento entre niño y familia es más complicado, a diferencia de los procesos con niños españoles, en los que la persona que se encarga de buscar un hogar conoce a las dos partes por igual; y, además, hay un periodo de acogimiento previo, algo que no suele darse en las internacionales.

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

«Claro que me pregunto cosas. Me gustaría saber qué ha sido de mis padres biológicos, pero a ratos me da miedo saber más. Querría entender por qué me dejaron tirada unos y otros, pero creo que ni ellos sabrían contestarme», explica María volviendo a la rabia.

«En estos casos, el abandono es daño sobre daño. El niño abandonado por segunda vez desconfía aún más de las personas, de las relaciones y de sí mismo», explica Jesús Palacios, catedrático de la Universidad de Sevilla, que puntualiza que cada niño lo expresará de una manera diferente. «Tengo rabia, yo me lo noto. A veces lo que estoy es triste, pero sobre todo tengo rabia, y muchas veces me siento desorientada. Aun cuando vuelvo al piso que comparto con otras chicas, creo que debería estar en el centro de menores», explica la joven. Palacios da un punto de luz a un camino vital tan oscuro: «Padecen un sufrimiento muy profundo y difícil de sanar, pero no es irreparable». ■

